

Bienaventurados los hijos de Don Quijote

ANTÓN COSTAS

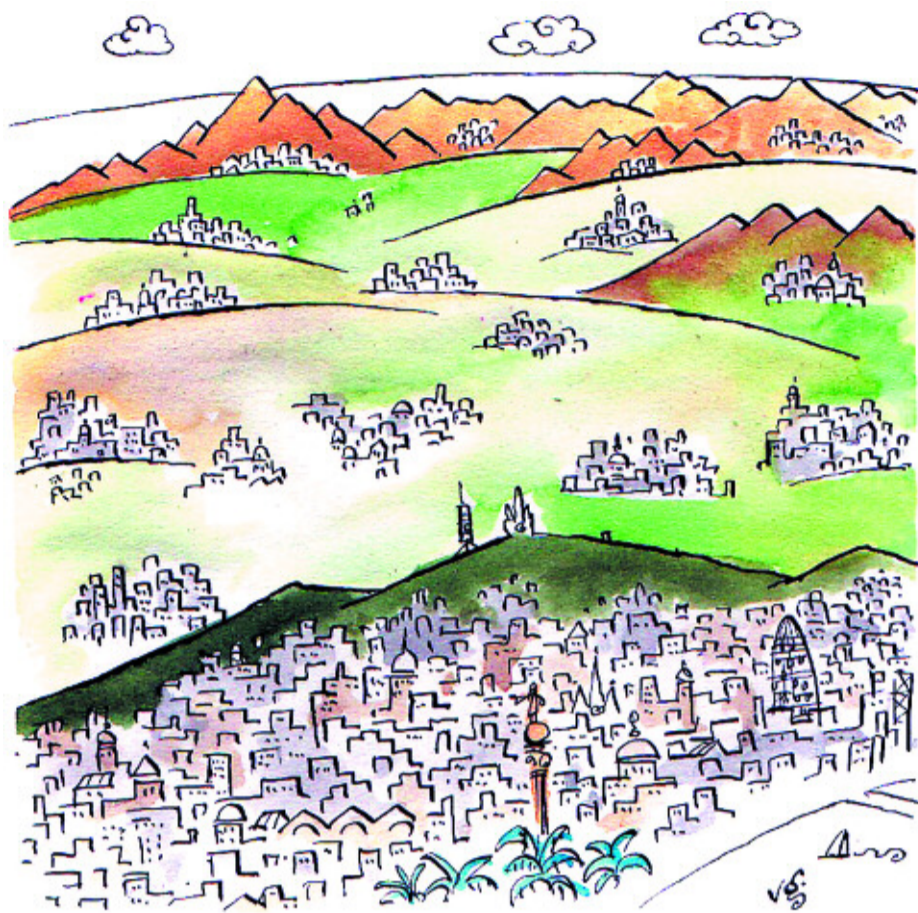
¿Por qué deberíamos preocuparnos por algo que ocurre a un reducido porcentaje de personas, como es el fenómeno de los *sin techo*, y que en algunos casos responden a situaciones inevitables, cuando no deseadas por quienes las viven? La pregunta es provocadora y moralmente discutible, pero así la he encontrado en un artículo periodístico que criticaba el anuncio del Gobierno francés de presentar en los próximos días una ley para garantizar legalmente el derecho de todos los franceses a una vivienda digna.

Como saben, ese anuncio respondía a una iniciativa de dos jóvenes hermanos que se instalaron bajo el puente de Austerlitz para saber cómo vivía la gente sin domicilio fijo, e invitaron a sus compatriotas a dormir una noche en una tienda de campaña al lado del Sena para experimentar en propia carne los efectos de no tener techo. La iniciativa fue bautizada con el nombre de los Hijos de Don Quijote, todo un detalle al recordar las quijotadas del manchego universal, en vez de utilizar el más épico y francés de los Hijos de Juana de Arco, ponga por caso.

En todo caso, después de un primera reacción descalificatoria y desafortunada de la ministra de Cohesión Social, el éxito social y mediático de la iniciativa llevó al presidente, Jacques Chirac, a incorporar la falta de vivienda de los *sin techo* en la agenda política del Gobierno anunciando un proyecto de ley para este 17 de enero.

El anuncio puede parecer una promesa propia de tiempos preelectorales como los que vive el vecino del norte. Pero esto no le resta valor. En una democracia competitiva, las elecciones son el mecanismo que fuerza a los partidos a ser receptivos a nuevas necesidades y a incluirlas en sus agendas de gobierno. Sin elecciones ni promesas electorales como las forzadas por esas quijotadas probablemente el bienestar de la mayoría sería peor. Y, en particular, el bienestar y las capacidades para enfrentarse a la vida de los más débiles.

Es un fenómeno al que nosotros deberíamos prestar atención. Los nuevos pobres con riesgo de llegar a formar parte de los *sin techo* son una realidad creciente y preocupante en España. Más de lo que creemos quienes disfrutamos de un techo acogedor. Por eso necesitamos movimientos altruistas como el de los Hijos de Don Quijote. Porque los nuevos pobres difícilmente plantearán sus necesidades y demandas.



VIRGILI

La evidencia del aumento de los nuevos pobres se multiplica. Si me permiten, les cuento una anécdota que me ocurrió en un reciente viaje a Huelva para dar una conferencia. En el aeropuerto de Sevilla me recogió un chófer de mediana edad enviado por los organizadores. Le dije que tenía prisa por llegar antes del atardecer para ver las formidables puestas de sol sobre el Atlántico, una pasión que viene de mi infancia viguesa. Por el camino nos pusimos a hablar del trabajo y los problemas cotidianos, y recalamos en el de la vivienda. La conversación entró entonces por unos derroteros inesperados. Tuve la impresión de que estaba ante un nuevo pobre, candidato a engrosar la lista de los *sin techo*.

Me contó que tenía dos hijos pequeños y que se había divorciado hacía poco. El juez concedió a su mujer la tutela de los hijos y

el uso del piso, cuya hipoteca estaban aún pagando. En un primer momento intentó alquilar un pequeño apartamento, pero pronto se dio cuenta de que los ingresos, escasos e inestables, no daban para pagar la hipoteca, la ayuda a los hijos y su propio alquiler. Probó entonces varias soluciones. Una de ellas fue acordar con su mujer el uso de una habitación y del baño del piso común, estableciendo unos horarios de entrada y salida que evitasen encontrarse con su ex mujer y con sus hijos en el pasillo. La experiencia fue conflictiva y degradante.

Después de buscar otras soluciones que le abocaban a la situación propia de *sin techo*, como fue el dormir en el coche y asearse en fuentes públicas y en los lavabos de los bares, decidió pedir permiso a sus padres para volver a vivir con ellos. Y fue al hablar de esto cuando el hombre rompió a

llorar, de tal forma que, temiendo por la seguridad de ambos, le sugerí que parara un momento. Así lo hicimos, y después de un rato continuamos el viaje. Se disculpó por su desahogo, así como por el retraso que me impediría ver la puesta de sol onubense. Pero me pidió que volviera y me dijo que él me llevaría a verla. Así lo haré.

De toda esa historia, lo que más afectaba a esta persona era el tener que volver, a sus casi 50 años, a buscar cobijo bajo el techo paterno. Le producía vergüenza y disminuía su autoestima. Lo consideraba como síntoma del fracaso de su vida. Y por eso lo ocultaba a los amigos.

Este sentimiento de vergüenza y baja autoestima es una característica común a otras formas de nueva pobreza, como en el caso de personas sometidas a abusos y violencia que deciden abandonar su hogar. Este sentimiento les lleva a la automarginación, a la invisibilidad social y a abocarse a vivir sin techo antes que pedir apoyo social o público para afrontar esa situación. Por eso no aparecen en las manifestaciones a favor de una vivienda digna y asequible. Esto les distingue de los *okupas* y de los hijos de las clases medias, amenazados también por la dificultad de acceso a un alojamiento digno y asequible, pero sin reservas mentales para defenderse.

Esta tendencia a la invisibilidad y la automarginación social de la nueva pobreza es el rasgo que hace necesario que otros cojan su bandera y defiendan su derecho a ser ayudados por las políticas públicas. Bienaventurados, por tanto, los Hijos de Don Quijote que, a modo de empresarios altruistas de políticas públicas, toman la responsabilidad de concienciar a la sociedad y presionar a las autoridades públicas y las organizaciones políticas para que incorporen a las agendas políticas las necesidades de estos colectivos.

Sean cuales sean las causas de estas nuevas formas de pobreza que amenazan a los más débiles con dejarles sin techo, la mejor solución es la política de vivienda. Pero esa política no puede consistir, como prometió el presidente francés, Jacques Chirac, en 1995, en "requisar la viviendas vacías" —claro ejemplo de atribución a otros de responsabilidades políticas propias—, sino en la promoción, pública y privada, de una vivienda digna y asequible para todos. Como está mandado, y como se hace con otros servicios públicos.

Han pasado ya más de 30 años de democracia y la cultura continúa siendo la cenicienta de los gobiernos de aquí y de allá. Los gobiernos centrales mantienen el Ministerio de Cultura, que intenta incidir con actuaciones concretas en lo que aún le queda por administrar. Los gobiernos autónomos también disponen de sus respectivos departamentos culturales, algunos empeñados permanentemente sólo en preguntas y respuestas ontológicas. Quedan por último las administraciones locales, los ayuntamientos, que administran tan pocos recursos que mayoritariamente se destinan a la organización de las fiestas del pueblo y poca cosa más. Durante todo este tiempo es verdad que se han hecho grandes y pequeñas cosas por la cultura, no faltaría más; sobre todo en el ámbito de la cultura escaparate y cultura espectáculo, pero no tanto en la cultura de la proximidad, en la cultura de la educación. La realidad después de tantos años es que las inversiones y el dinero han ido a parar a construir y alimentar las grandes, algunas veces duplicadas e innecesarias, instalaciones culturales: museos y auditorios principalmente. No hay ciudad que se precie que no disponga, por ejemplo, de un gran museo de arte moderno, aunque en su interior no

tenga una mínima colección básica, o de un gran auditorio, aunque no disponga de una orquesta ni de una programación musical estable. Para colmo, cada día que suele hablar en público un artista de renombre de la gran cultura, acaba por nombrar la permanente crisis y muerte de la propia cultura. La realidad es más cruda y sería aún, ya que no se advierte que avancemos en los ámbitos esenciales de la cultura, como por ejemplo es la lectura. La lectura, y lo saben también los políticos, es la base de la cultura y es la condición previa para consumir y entender las diferentes expresiones y formas de la propia cultura. Se debe leer para entender y comprender. La lectura es la base del progreso del país. Los últimos informes serios que se han elaborado al respecto indican de forma muy clara que se debe invertir de manera urgente en la lectura y en bibliotecas. El Informe PISA de

la OCDE evaluaba la "comprensión lectora" de los estudiantes de secundaria y colocaba a España, también a Cataluña, en el furgón de cola de los países europeos. El posterior informe realizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipepe sobre el "nivel de la lectura" de 40.000 estudiantes y 20.000 profesores de 400 centros, era aún más demoledor que el primero, aunque también optimista, ya que indicaba las soluciones clave que debían desarrollarse para empezar a resolver el problema. Entre ellas la construcción de más bibliotecas. Es necesario, decía, construir una biblioteca en cada centro escolar con libros básicos, atractivos, actualizados, etcétera. Es lamentable perder a los lectores justamente en las fases educativas. Respecto al nivel de lectura de los ciudadanos en general los resultados no son tampoco muy halagüeños. Las personas que empiezan a leer algún libro alguna

vez no llega al 45% de la población. Es un dato sorprendente cuando se dispone de la tercera industria editorial de Europa. Por tanto, faltan también más bibliotecas públicas en los pueblos y en las ciudades de Cataluña. Bibliotecas con buenas y suficientes colecciones de libros que alimenten a los lectores y que atraigan a nuevos y futuros lectores. Bibliotecas que tengan como objetivo educar y crear el hábito por la lectura. Ese es el camino de la cultura, no hay otro. Durante los últimos 20 años se ha invertido y construido en Cataluña toda clase de grandes equipamientos culturales, algunos los necesitaba el país, otros no tanto. Aun así ya disponemos de los museos, teatros, auditorios, liceos, etcétera, que necesitábamos. Muchos de ellos, proyectos arquitectónicos y programaciones costosísimas que han pagado todos los ciudadanos. Pero es posible que haya llega-

do el tiempo de invertir también y mucho en otro tipo de equipamientos culturales. Aquellos equipamientos que promueven la lectura, aquellos que están en los barrios muy cerca de la gente, aquellos en los que no tienes que pagar entrada. Aquellos tan necesarios para la educación de las personas y que los países más ricos, modernos y civilizados del planeta no paran de construir: las bibliotecas. Es necesario que se defina y se proyecte un gran plan de bibliotecas en Cataluña. Que se construya una biblioteca en cada centro educativo y una biblioteca pública por cada 3.000 habitantes. Es necesario un acuerdo ambicioso con las editoriales y las empresas tecnológicas del país para que alimenten y provean con libros, revistas, diarios, ordenadores y recursos digitales y multimedia en todas y cada una de las bibliotecas de Cataluña. Un profundo compromiso con todos los escritores para que se acerquen a los lectores y promuevan la lectura de sus obras y sus creaciones como el mejor camino para ser cultos, libres y también felices. Presidente Montilla: ¡haga bibliotecas!

Dídac Martínez es director del Servicio de Bibliotecas y Documentación de la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC).

Presidente Montilla: ¡haga bibliotecas!

DÍDAC MARTÍNEZ